

El centro como fundamento trascendental y articulador natural de la oposición binaria

Jorge Aloy / jorgealoy@yahoo.com.ar

Universidad Nacional de Lomas de Zamora
Buenos Aires, Argentina

Recibido: 07-11-16. Aceptado: 09-01-17

Resumen

Centro es un término que designa el lugar trascendental de todas las cosas. Es el núcleo, el origen, el fundamento por el cual la humanidad halla sostén. A partir del centro se articula un mundo binario en donde reposan las respuestas de diversos campos de estudio. En el presente trabajo pretendemos desnaturalizar la posibilidad de un núcleo totalizador y, en consecuencia, proponer el abandono de las oposiciones que intenta articular. Ulteriormente, vamos a mostrar cómo, a través de esta de sujeción, Kurt Vonnegut pudo llevar a cabo la escritura de la novela *Matadero cinco* después de veinticuatro años de negación involuntaria.

Palabras clave: centro, núcleo, fundamento, oposición binaria, poder, Kurt Vonnegut.

The center as the transcendental foundation and natural articulator of the binary opposition

Center is a word that designates the transcendental place of everything. It is the core, the origin, the basis on which humanity finds support. From the center articulates a binary world where the responses of various fields of study lie. In this work, we intend to denaturalize the possibility of a comprehensive core and, consequently, to suggest the abandonment of the oppositions that attempts to articulate. Subsequently, we are going to present, through this detachment, how Kurt Vonnegut could carry out the writing of the novel *Slaughterhouse-five*, after twenty-four years of involuntary denial.

Keywords: center, core, basis, binary opposition, power, Kurt Vonnegut.

Abstract

I. El centro

¿Es posible abarcar el conjunto de una problemática cuando consideramos que está constituida como tal por un elemento que “es”, tan sólo porque se diferencia de otros elementos que “no son”? El único modo de intentar desarmar esta lógica y desmentir la falta de integración entre los supuestos componentes o dispositivos implica que debamos desandar ciertos caminos, ya transitados hasta el hartazgo, para conseguir un análisis que reconozca porosidades y complementariedades en la problemática. Desnaturalizar este tipo de enfoque requiere que luchemos contra la fuerza de la costumbre y el uso mecánico de postulados que, durante años, se ofrecieron como verdades incuestionables, con características sagradas. Inclusive, este sistema de oposiciones se convirtió en un esquema devorador de cualquier reflexión que pudiera enunciarse. Esto se debió a que en primer plano se colocó el estudio de la estructura de los signos sin importar qué decían esos signos. En consecuencia, muchas veces, este método (pues, así lo podemos denominar) adquirió una función condescendiente sobre sus devotos, ya que lo utilizaron para alcanzar una determinada tranquilidad teórica. Una tranquilidad que descansaba en un análisis cuasi tautológico. No importaba lo que se estudie, la conclusión ya había sido prevista con antelación: siempre se iban a encontrar relaciones estructurales. Pero estas relaciones, además de opositivas, debían estar regidas desde el mismísimo núcleo de la estructura. Derrida (1989) sostiene que siempre funcionó una estructuralidad de la estructura, aunque siempre se halló neutralizada. En otras palabras, la estructuralidad de la estructura es lo que conocemos como centro. Al respecto, Derrida (1989) sostiene:

Este centro tenía como función no sólo la de orientar y equilibrar, organizar la estructura —efectivamente, no se puede pensar una estructura desorganizada— sino, sobre todo, la de hacer que el principio de organización de la estructura limitase lo que podríamos llamar el juego de la estructura. (p. 383).

La naturalización del uso de la estructura produjo la apariencia de que estábamos ante un enfoque o esquema o método único que viene traicionando una verdad, desde tiempos inmemoriales, e hizo que no podamos imaginarnos la posibilidad de su existencia sin un centro.

Derrida (1989) considera “*que el concepto de estructura e incluso la palabra estructura tienen la edad de la episteme*” (el destacado pertenece al original) (p. 383); por lo tanto, y con ánimos de reforzar tal idea, podemos afirmar que el método que terminó por irradiar sus principios hacia todos los campos de las humanidades fue el que desarrolló, para la lingüística, Ferdinand de Saussure (1916). En definitiva, ya no importaba en qué área nos halláramos trabajando, sino que en todas se reproducía el mismo método de análisis en el que se profundizaban las oposiciones de un modo lógico y natural. Estas oposiciones estaban comandadas desde un centro articulador de la estructura. Un centro que viene a representar el fundamento por el cual la estructura, indefectiblemente, es posible. En este sentido, Derrida (ob. cit.) dice que es viable “*mostrar que todos los nombres del fundamento, del principio o del centro han designado siempre lo invariante de una presencia* (eidos, arché, telos, energeia, ousía [esencia, existencia, sustancia, sujeto], aletheia, *trascendentalidad, consciencia, Dios, hombre, etc.*)” (Los destacados pertenecen al original) (p. 385). En efecto, mientras el centro pugna y pugnó imponerse como una problemática ontológica, consideramos, en cambio, que no es más que una disposición naturalizada por los diversos campos de estudio. Por ejemplo, en psicoanálisis, ese centro está ocupado por lo que Rodolfo (2012) denomina *Nudo conceptual del complejo de Edipo*:

Y si decimos nudo es por no limitarse a ser un concepto entre otros; juega de nudo o de núcleo, articula varios que por una razón u otra van a parar a él, trabaja a la vez de límite y de encrucijada, y esto viene sucediendo desde los tiempos clásicos. (El destacado pertenece al original) (p. 40).

Lo llamativo del centro edípico es que pronunciaba el enfrentamiento binario (padre-hijo varón) como inevitable, reiterativo e inefable. A pesar de ello, el siglo XX derrumbó, filosóficamente, los fundamentos que articulaban socialmente el núcleo del complejo de Edipo ya que, como sostiene Rodulfo (2012), *“Padre’ y ‘madre’ no tienen un significado seguro, el de siempre supuestamente, en que ya no sabemos muy bien lo que decimos cuando pronunciamos esas palabras, basales para invocar a Edipo”* (p. 42). *Edipo funciona como eje del sistema psíquico, pero “(...) cada uno puso algo en el centro. Jacques Lacan, la falta; Melanie Klein, la posición depresiva”* (Rodulfo, 2012: 83). No se puede mirar hacia un costado y no reconocer de una vez que, los cambios sociales, históricos y culturales se hacen presentes para influir notoriamente en los conceptos teóricos y prácticos del psicoanálisis. Estos cambios también se produjeron en otros ámbitos, pero pareciera que aún flota en el aire aquel hálito del fundamento.

II. El fundamento en la literatura

La estructuralidad de la estructura en literatura también fue ocupada por un Edipo, con o sin complejo. A grandes rasgos, señalemos que en el siglo XIX, el Romanticismo se apoderó de la escena literaria y le adjudicó al escritor un status similar al de una deidad. El “autor”, devenido autoridad, se colocaba de modo autoritario en el centro de la estructura literaria. Toda interpretación estaba dada de acuerdo a las señales que mostraba en su biografía. El autor era el fundamento de la obra, y la obra reposaba en él como único modo posible para obtener significación. En el inicio del siglo XX, el Formalismo ruso, atraído por Saussure, desecha la idea romántica del referente como núcleo y se aboca al estudio del signo. Luego, el Formalismo, con Roman Jakobson como puente, se occidentaliza y da forma al Estructuralismo que adquiere su mayor prominencia durante la década del '60. El centro pasaba a estar ocupado por la inmanencia del texto: fuera de él no había nada. El Estructuralismo se obsesionó con el lenguaje y dejó afuera, precisamente, lo que el lenguaje refería.

Posteriormente, la Teoría de la Recepción colocó al lector en el núcleo de la obra ya partir de ese momento, se pudo hablar de la polisemia del texto.

Por supuesto que no mencionamos muchísimas otras escuelas o movimientos críticos, ya que la intención nuestra es graficar cómo la literatura, debido a la falta de perdurabilidad de sus sacerdotes o a lo endeble de sus argumentos, fue cambiando su centro: el autor, el texto o el lector. Estos cambios expresan una reducción analítica, ya que sus variaciones no representan una amplitud de miradas, sino que constituyen solapadamente la búsqueda de un fundamento. En este sentido, podemos advertir cierta porosidad cuando el Estructuralismo se apodera de la escena y coloca al lenguaje en el centro, ya que vislumbramos que no quedan modos de conseguir el tan anhelado significado trascendental en el texto. En consecuencia, Derrida (1989) dice que *“La ausencia de significado trascendental extiende hasta el infinito el campo y el juego de la significación”* (p. 385). En otras palabras, el estructuralismo no tiene interés en evaluar la obra literaria, sino en analizarla solamente. Para evaluar la obra, en cambio, surgió la Teoría de la Recepción, y su importancia residió en que la multiplicidad de sentidos vino a demostrar sigilosamente que no hay fundamento que pueda ya articular nada. Sin embargo, las variaciones respecto a quién o qué figura se hallaba en el centro no permitían admitir, aunque sea como una ínfima posibilidad, la inexistencia de un núcleo rector. La lógica era inalterable: el centro debía existir y ser ocupado. Además, su naturalización hizo infructuoso cuestionar de dónde surgió. Rodulfo (2012) afirma que:

Si preguntamos por la procedencia del centro, la respuesta de mayor alcance remite a Dios, pero tendré que medirme regularmente con una serie de derivados: el padre, el ser, el logos, la verdad..., en cada uno de los cuales y de acuerdo a diversos matices que tienen su importancia, reencontraré ciertos rasgos, como el carácter único, la indivisibilidad, la reducción y la acotación de la diferencia en cuanto a su potencia diferidora. Es inevitable que girar en torno a un centro sateliza, limita drásticamente los movimientos que se pueden hacer. (p. 131).

La idea de fundamento centrada en Dios representa a lo totalizador por excelencia. Por ende, amplifica y excede la idea de Dios como creador: es un centro que ofrece abrigo y cuidado a cambio de la reducción analítica. En su momento, el anuncio nietzscheano sobre la muerte de Dios vino a ponernos en alerta sobre la disipación de lo que el hombre había creado como origen y fuente de justificación de todas las cosas. La muerte de Dios es la caída de los fundamentos, el cuestionamiento al progreso y la desconfianza en la existencia de un origen. El resultado, anunciado y mal leído en el siglo XIX, fue el desamparo de la humanidad. Un desamparo marcado por el borramiento del centro que se manifestó en el siglo XX, como colofón de las guerras mundiales.

En consecuencia, cuando la literatura creyó que se encontraba ya divorciada de los análisis de oposiciones consideró adicionar, para su estudio, el contexto histórico y encontró, a partir de ello, nuevas formas de articular desde un centro. ¿Cómo narrar después de las masacres producidas por las guerras? ¿Desde qué unidad se puede hablar? La literatura adoptó, subsiguientemente, una posición crítica de todo lo negado por los estamentos dominantes. Pero esto llevó, quizá de modo inconsciente, a la creación de un nuevo centro que, aunque cuestionado, no abandonó su función articuladora.

III. El lugar trascendental del poder

El nuevo centro se forjó en los cuestionamientos dirigidos al poder. Para ver de qué modo encaja esta nueva apropiación nuclear vamos a revisar la novela de Kurt Vonnegut, *Matadero cinco*, escrita en 1969. El escritor en ciernes se hallaba prisionero de guerra de los alemanes y el 13 de febrero de 1945 sobrevivió a lo que más adelante se conocería como La Masacre de Dresde. El ataque aéreo con bombas explosivas e incendiarias a manos de los aliados destruyó la ciudad y dejó sin vida a millares de personas. En ese

momento, el joven soldado se propuso narrar lo que había vivido y visto en Dresde, pues consideró que tenía en sus manos un capital narrativo indiscutible. Pero... ¿qué contar de una matanza? Desentrañar la respuesta a esta pregunta le llevó a Vonnegut veinticuatro años. Durante ese tiempo publicó cinco novelas, y en algunas pudo hacer mención a la masacre, pero no fue hasta *Matadero cinco* que encontró cómo hablar exclusivamente de ella. ¿Qué había pasado para que se produzca la negación de la escritura? En EE.UU. nadie hablaba del asunto. *“Pocos americanos sabían que había sido mucho peor que Hiroshima, por ejemplo. Yo tampoco lo sabía. No se había hecho mucha publicidad”* (Vonnegut, 1999: 16).

El tema había sido ignorado no sólo por los periódicos, sino también por los manuales escolares. Esta situación despertó una crítica al poder, sostenida por el contexto histórico de los años '60 (los ataques a Vietnam, La Guerra Fría, los movimientos pacifistas, la beatlemania, etc.). Los veinticuatro años de imposibilidad de la escritura estuvieron marcados por la búsqueda narrativa de un modo que no esté regido por un fundamento de verdad absoluta. El poder, si bien era un objeto de cuestionamiento, debía ser destronado del centro. Roland Barthes (2015) ya lo advertía:

La “inocencia” moderna habla del poder como si fuera uno: de un lado los que lo poseen, del otro los que no lo tienen; habíamos creído que el poder era un objeto ejemplarmente político, y ahora creemos que es también un objeto ideológico, que se infiltra hasta allí donde no se lo percibe a primera vista —en las instituciones, en las enseñanzas—, pero que en suma es siempre uno. Pero ¿y si el poder fuera plural, como los demonios? (p. 94).

El poder, en efecto, era cuestionado, pero a su vez aquellos que lo cuestionaban no dejaban de situarlo en el centro, como un nuevo fundamento. Esto se debía a que aún se conservaba la noción de un único poder, el político, y no se tenía en cuenta

su pluralidad. La posibilidad de la escritura sobre la masacre, en consecuencia, no se produjo a causa de consentir al poder como un nuevo centro, sino debido a la eliminación radical del centro. Como afirma Rodulfo (2012) "(...) *Un centro vacío no es un vacío de centro, un vacío del centro no vacía nuestra cabeza de su necesidad de centrar para entender*" (p. 125). En este sentido, si Vonnegut hubiese permitido que el poder se mantenga en el núcleo, el resultado hubiera sido forzado; ya que seguir pensando al poder como unidad, sostén y cimiento de una totalidad significaba admitir la existencia de dos signos opositivos que desde ese lugar nuclear podían articularse. Esos dos signos opositivos son los dominados y los que dominan, como si nada más existiera. Con el borramiento del centro, no se descarta la idea del poder, sino que permanece tan solo como una posibilidad diferencial.

Recapitemos. Lo que aquí estamos diciendo es que si Vonnegut hubiera seguido considerando al centro como fundamento nunca hubiera escrito *Matadero cinco*. Cuando se liberó de las ataduras de la negación de la escritura, el poder permanecía en cuestión pero sin irradiar verdades, convertido sólo en discurso polisémico. Ya no articulaba las oposiciones de un mundo binario para conseguir un resultado unívoco. La rápida respuesta a la pregunta sobre el silencio que en el mundo había sobre La Masacre de Dresde era "el poder", pero ¿por qué en otros lugares, incluso Alemania, nada se decía sobre el tema? Winfried Georg Sebald (2003) analiza

por qué después de 1945 no se produjo un debate público en Alemania, y afirma que

Sobre todo porque un pueblo que había asesinado y maltratado a muerte en los campos a millones de seres humanos no podía pedir cuentas a las potencias vencedoras de la lógica político-militar que dictó la destrucción de las ciudades alemanas (p. 23).

Sebald sostiene la hipótesis de la existencia de un pacto tácito de no abrir la boca para señalar el estado de ruina en que se halló Alemania. La población sobreviviente mostraba una insólita apatía para referirse a la destrucción pero, a la vez, una intensa fuerza de voluntad para actuar en la reconstrucción. Los alemanes caminaban por sobre los escombros, casi sin inmutarse, mientras que simultáneamente habían declarado un nuevo comienzo que pretendía, si ello fuera posible, anular su historia.

Para no extendernos, sólo nos gustaría agregar que el silencio de la masacre no se puede analizar desde la consideración de un fundamento, ya que se descartaría una serie de aristas que no son deudoras del poder, sino que se relaciona con conductas individuales y colectivas, deseos, vergüenzas. No hay silencio de un lado y estridencia del otro. El silencio en ambos países desdibujó el pretendido juego natural de oposiciones. La narración de *Matadero cinco*, finalmente, fue concretada en el momento en que Kurt Vonnegut desnaturalizó la idea del núcleo como fundamento indispensable de significación.

Referencias bibliográficas

- Barthes, Roland (2015) *El placer del texto y Lección inaugural*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Derrida, Jacques (1989) *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- Rodulfo, Ricardo (2012) *Padres e hijos. En tiempos de la retirada de las oposiciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Saussure, Ferdinand de (2005) *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada.
- Sebald, Winfried Georg (2003) *Sobre la historia natural de la destrucción*. Barcelona: Anagrama.
- Vonnegut, Kurt (1999) *Matadero cinco*. Barcelona: Anagrama.